

Iván Santamaría Holek

Cada dos años, más o menos, durante las vacaciones de verano íbamos a visitar a mi familia de Moravia. Por lo general llegábamos a Paskov después de pasar algunos días recorriendo las calles y los museos de Praga. Mi madre ama aquella ciudad y yo, un niño que nunca se quejó por tener que caminar, pero muy remilgoso, la acompañaba a arreglar todos sus asuntos haciéndola enfadar y disfrutando enormemente aquellos paseos.

Quien conoce Praga nunca vuelve a ser el mismo, y nunca descubre en qué ha cambiado. Siempre llegué con esa impresión a Paskov, el pueblo donde viven mi abuelo, mi abuela y mi tía Alerka, quien prepara las mejores sopas del mundo.

La de mis abuelos es una casa vieja de ladrillos de un rojo más oscuro que la sangre, y techo de dos aguas, que recuerdo cubierto por el heno para rellenar los colchones, a donde me arrojaba sobre las crías de la gata de mi abuela, ¿o eran las gatas de mi abuela? No sé, pero quiero creer que durante veinte años ha tenido siempre a la

---

. Iván es alto, güero y sonriente. Algo me llama la atención: "No eres de aquí, ¿verdad?" Me equivoco: nació aquí. Me equivoco lo mismo que toda la gente que se topa con él en la calle. Me cuenta como su piel no resiste el sol, usa un sombrero de palma ya bastante viejo. Un día, al bajar del tren ligero en Huipulco, se le cae una carpeta. Se hace un regadero de papeles y él trata de recuperarlos sin perder el sombrero ni tirar alguna otra de las cosas que trae en las manos. Un buen ciudadano se acerca a ayudarlo y se dirige a él en inglés. A Iván le molesta que lo confundan con un gringo porque en realidad de donde vienen sus genes es del otro lado del Atlántico: su madre es checa y vino a dar a Ciudad Sahagún después de casarse con un mexicano que andaba en viaje de estudios por allá. Iván contesta en un chilango perfecto: "soy mexicano". El buen ciudadano se disculpa y se retira avergonzado. No lo podemos culpar. En realidad, Iván no es precisamente "un mexicano". Pero tampoco es checo. Extranjero en ambos mundos pertenece sin embargo a los dos de una manera que tal vez sólo los bilingües de nacimiento pueden experimentar [H.M.].

misma gata que hábilmente ocupa sus vidas una detrás de la otra.

La casa tiene un enorme jardín lleno de manzanos que se retuercen buscando el sol y toman las formas más extrañas; había uno cuyo tronco podía ser usado como banco, y sus ramas como gradas. Mi abuelo había construido un columpio de metal -mi abuelo podía construir todo lo que se le ocurría- y yo me pasaba la mayor parte de las vacaciones columpiándome, paseando en bicicleta y construyendo pequeñas represas que intentaban detener el fluido del arroyo que corría al lado de la casa. Ahora que lo recuerdo, pienso que quizás sea esa mi verdadera vocación: intentar retener el agua de los arroyos.

Mi abuelo me quería mucho. Un día me dijo que me tenía dos sorpresas. primero me llevó a la zapatería y me compró unos tenis de varios colores rojo, azul marino, amarillo y blanco. Cuando vi aquellos tenis en mis pies no supe cómo agradecer el regalo. Caminaba por la calle a pleno sol y me sentía deslumbrado, y que deslumbraba a las personas que pasaban a nuestro lado. Aquellos tenis no me gustaban en aquel entonces, y sin embargo, ahora que mi abuelo está muerto quisiera tener unos tenis como esos. Iría a su tumba, contestaría a su sonrisa con otra y le diría: ¡Mira, abuelito, tenías razón, son preciosos!

Un señor de mirada pacífica que cantaba en el coro de la iglesia con mi abuelo nos detuvo y me dijo: Así que tú vienes de México, ¿eh? Dile a tu mamá que le manda saludos el viejo Pavlov, su maestro. Después se puso a contarle algo a mi abuelo. Yo no lo escuchaba porque tenía toda la atención puesta en mis tenis. El señor Pavlov se despidió elogiando mis tenis y yo me puse más rojo que un tomate. Después me enteré de que era poeta y había hecho una de las mejores traducciones de Lérmontov al checo.

Mientras nos dirigíamos a la otra sorpresa por la calle de los tilos cuyas ramas rozaban el suelo, toda la gente saludaba a mi abuelo. Todos lo querían mucho. Mi abuelo fue un hombre excepcional y aunque no tenía estudios superiores construyó una buena parte del pueblo. La obra que le granjeó más amistades entre los hombres -aunque no entre las señoras- fue la taberna U Reychte que se encuentra al lado del río. Cuando mi abuelo murió todo el pueblo lloró y asistió a la misa, aunque estuviese tronando el cielo y lloviendo a cántaros.

Continuamos caminando hasta que por fin nos detuvimos enfrente de una casa. Nos abrió una señora vestida con una bata rosa

llena de florecitas blancas. Buenos días, señora Hanzlova, dijo mi abuelo. Buenos días, señor Holek. Pero ¿qué tenemos aquí? Así que tú eres el hijo de Lidushka. Se acercó, me tomó la cara con las manos y me dio un besito en la frente. ¡Pero si eres muy bonito! dijo casi cantando. La señora entró a la casa. Mi abuelo sonreía y me dijo: Te conseguí un amiguito para que juegues con él. Yo me sentía casi aterrado y quería salir huyendo de aquel lugar, pero mi abuelo me tenía tomado de la mano y contra eso cualquier esfuerzo era inútil.

Regresó la señora Hanzlova con un niño de mi edad. ¡Marek, saluda a tu nuevo amiguito! Marek y yo nos miramos, los dos teníamos los ojos del tamaño de una ciruela pasa y habíamos echado hacia adelante la cabeza. Mi abuelo y la señora Hanzlova nos miraban divertidos. Hola, dijo Marek. Hola, respondí. Dice mi mamá que eres mexicano, ¿es cierto? Sí. Ven, me dijo, y nos metimos corriendo a la casa.

Así fue como Marek se volvió mi amigo. Después de aquel día fuimos inseparables. Hacíamos construcciones en la arena que tenía el jardín de su casa y mejorábamos la consabida represa del arroyo. Hubo días en que anduvimos todo el tiempo en bicicleta; sólo nos deteníamos enfrente de la oficina del correo para comprar paletas de vainilla cubiertas con chocolate. Comíamos tantas que la señora de la nevería nos decía: Ya no coman más paletas, niños, se van a empachar. Pero nos seguía vendiendo paletas porque era imposible no vendérselas a un niño mexicano que hablaba tan bien el checo.

Fueron unas hermosas vacaciones, aunque nunca más volví a ver a Marek. El verano siguiente se habían mudado al sur. Fue un buen amigo. El último día que estuve con él en Paskov estábamos descansando de las carreras en bicicleta en el parque del palacio del conde -que se había convertido en hospital después de la guerra- me dijo: Vamos a tomar leche a mi casa. Nos sentamos en la cocina, la señora Hanzlova nos dio dos enormes vasos de leche que nos bebimos de un jalón, y todavía con el bigote de la leche en los labios Marek soltó su pregunta: ¿Y allá en México, hay indios? Sí, le respondí y vi cómo se le iluminaban los ojos. ¿De verdad? ¿De esos que gritan tapándose la boca y llevan una pluma en la cabeza?!